

VALOR HEURISTICO Y PRACTICO DE LA NOCION DE GENERACION

Por Henry Peyre

La difícil clasificación que hemos emprendido, a través de cinco o seis literaturas y casi otro tanto de siglos, nos parece autorizar algunas conclusiones que esperamos sean tanto más válidas cuanto más modestas.

Primeramente, nos negamos a interpretar estas enumeraciones y estas fechas según un orden secreto que seríamos los primeros en haber descubierto o según un orden regular cualquiera. Si la tarea del hombre es de pensar este universo racionalmente todas las veces que sea posible y de establecer algunos senderos armoniosos entre los macizos lujuriantes de lo real, lo es igualmente de recordar que estas tentativas para discernir direcciones netas y asignar causas, no deben de ningún modo substituirse a lo fortuito, a lo imprevisto, a lo irracional y a la incabable capacidad que tiene lo real de burlar nuestras ingeniosas construcciones. Es nuestra convicción que nada, por muchos años más llegará a dilucidar considerablemente el misterio de la aparición del genio, aún menos a producir este genio. No deseamos reducir la originalidad del talento o de la personalidad creadora aumentando indebidamente los pocos elementos que hacen que un hombre se parezca a otro nacido en la misma época o educado en un ambiente análogo.

El gran valor de esta noción de generación proviene, en efecto, en primer lugar del hecho de respetar el múltiple complejo de lo real en lugar de colocar sobre los autores estas etiquetas que tienen el defecto de evocar ahí mismo nociones corrientes (clásica, romántica, realista) y que nos dispensan perezosamente de las definiciones matizadas que deberían seguir; preferimos decir de tal autor que pertenece a la generación de 1620, la cual produjo al mismo tiempo tal y tal gran hombre o a la de 1800 o a la de 1840 y aún precisar que creció con la primera o con la segunda generación clásica o romántica (queda por definir después lo que designamos con esto...¹ La noción de generación es menos cómoda

¹ A Paul Valéry le gustaba huirse de los métodos y de las sabias ingenuidades de la crítica universitaria. Sus reproches son para nosotros saludables, por que tienden a entrever nuestras pretensiones y nuestras rutinas. Lamentablemente, en este dominio como en otros, este gran espíritu se ha contentado con ser "der Geist der stets verneint". No ha tenido nunca la suprema osadía de decirnos cómo podríamos filosofar más sanamente, criticar más seguramente, enseñar la dicción de los versos o el

que recurrir a los periodos, a los movimientos y a los grupos; y es más precisa que aquella por siglos. Se presta menos peligrosamente que las unas y que las otras a la definición que nos hace tan pronto venerar como ídolos todopoderosos el "Movimiento Romántico" o el "Periodo Simbolista" o el "Siglo de las Luces".

Además nos hemos negado a encontrar, puesto que no se mostraba evidentemente, un ritmo de oscilación que determine la llegada y la muerte de una generación; una alternancia casi mística entre el respeto por lo real y el desafío dirigido a lo real, la fe en la razón y la desconfianza en ella, el deseo de comprender y el fervor de sentir. Esto sería a nuestra vista escamotear lo que tiene de desconcertante y de único cada manifestación de la vida y del arte para satisfacer alguna perezosa necesidad de imponer algún vestido, uniforme o hasta alguna camisa de fuerza. Ciertamente, todo aquí abajo es acción y reacción, empuje seguido de caída, deseo amenazado de cansancio, esperanza carcomida por la duda, madurez que encierra en ella gérmenes de podredumbre. Una generación reaccionará frecuentemente contra sus antecesores, si éstos tienden a oprimir su brote, estará llevada por una reacción vital muy natural hacia los valores que la generación precedente ha despreciado, donde su originalidad podrá florecer. Se cansa uno de oír llamar a Flaubert un gran prosista y a Shelley un puro poeta así como de oír repetir que Aristides es justo. Es ésta la única ley que consentía a reconocer en historia de la literatura el sabroso y menudo estrecho sentido común de Faguet: "cómo se cansa uno al cabo de cierto tiempo de cierta mentalidad literaria, y cómo se desea y cómo se espera y cómo se solicita y cómo se hace nacer y cómo se alienta y cómo se sostiene y cómo se aplaude la mentalidad contraria". Pero no hay detrás de estas idas y venidas, *ricorsi* previsibles o alternancia regular. Hay generaciones que agotan de una sola vez lo que tenían que expresar de nuevo o de fuerte; hay otras que descubren un mensaje de ideas o una forma de arte, las transmiten a una segunda, luego a una tercera generación que las completan, las maniobran de distinto modo. En lugar de la lucha tradicional entre jóvenes y viejos, dura por algún tiempo, el acuerdo fecundo en perseguir una meta análoga.

No hemos querido ceder, como lo están tan fácilmente tentados de hacerlo nuestros espíritus, no habiendo recibido de la ciencia sino un matiz, a la mística de los números. La duración media de las generaciones que hemos distinguido varía de 8 a 20 años o más. Es a menudo de 10 años (T. 1800; U, 1810; V, 1820; W, 1830; B, 1840; BX, 1900; CC, 1910). Lo es también de 15 años (Y, 1850-55; Z, 1870; AA, 1885, ó M, 1685; N, 1710; O, 1725). Hay épocas escasas o mal definidas en que

goce poético más inteligentemente. Habrá provecho sin embargo en recordar ciertas burlas suyas, para tratar de hacer mejor; la siguiente por ejemplo: "El clasicismo, el romantismo, el simbolismo... convenciones que solamente son "cómodas", ya que el desacierto de los autores sobre sus significaciones es de regla, y que parecen hechos para provocarlo y dar pretexto a resentimientos infinitos". (Paul Valery y la creación literaria 1946 p. 26).

lo que se puede llamar una misma generación se extiende en 20 años; hay otras por el contrario en que se vive más intensamente o en que se queman las emociones, se vacían las ideas, se agotan los hombres afiebradamente. Sería tentador y posible, probablemente a un calculador más amigo del sofisma, reducir elegantemente a once años, como lo deseaba Thibaudet, el intervalo después del cual sobrevino una nueva cuna de talentos; lo cual sería nueve generaciones por siglo y esta cifra mística podría inspirarnos un goce sutil. Pero hemos sonreído de la mística del siglo, y no es para sustituirle la de la generación por oncenas. Creemos haber seguido, sin idea preconcebida, los datos de la realidad tal como los habíamos recogido, trazando la curva que hace aparecer un número notable, que de ordinario va creciendo, de escritores con intervalos irregulares pero paralelos, luego la curva descendente y la caída curiosa que después de seis, ocho, diez años, parece alcanzar la vitalidad creadora. Nos parece indiscutible que haya para los escritores como para los artistas, años fecundos y otros estériles y que estos años sobrevengan de ordinario por grupos o por racimos, una rica cosecha pidiendo, así parece, un reposo prolongado. En su extraño drama de juventud, "Cabeza de oro", Paul Claudel que acababa de crecer en promoción con Mallarmé, Huysmans, Villiers declaraba:

*Pero si se puede reconocer el año de un vino por su gusto,
¿quién nos impide pensar que cada generación de hombres
Germinando del campo materno en su estación
No guarda en ella un secreto común, cierto nudo en
la profunda contextura de su bosque?*

Si rechazamos toda búsqueda de una llave de oro o de un número perfecto, ni nos contentamos con un método clasificador y acumulamos imparcialmente tantas coincidencias repetidas, es que el concepto de generación tiene a nuestra vista un valor heurístico y práctico.

Nos lleva al descubrimiento, porque nos obliga, por lo menos momentáneamente, a pensar en términos nuevos. Nos aleja de la división rutinaria por siglos que tendía a constituir el cuadro fijo de toda presentación a la literatura francesa. Insiste sobre la heterogeneidad de los hombres que viven al mismo momento de un mismo siglo y no tienen elemento común sino en su punto de partida. Permite llevar la atención sobre épocas descuidadas absurdamente como 1590-1630, 1680-1715, 1790-1820. Tiende en fin a sacar a la luz nombres secundarios, declarados como tales por algún decreto de un historiador, muy cercano al "autor importante". Nuestros seminarios de estudios literarios tenían la ventaja de practicar más el fácil y apreciado ejercicio que consistía en volver a poner a los jóvenes frente a obras, no clasificadas, publicadas en librerías o en las revistas en 1667 o en 1751 o en 1830 o en 1857. Se darían cuenta mejor de la verdadera originalidad de Racine con relación a Quinault o a otros más, de los grandes Enciclopedistas cerca a los compiladores, de Sainte-Beuve y de V. Hugo, de Flaubert y de Baudelaire junto a otros prosistas y poetas. Y se darían cuenta exactamente de lo que une un

autor de verdadero talento a los de su generación y de lo que lo separa de ellos.

La fecundidad pragmática del concepto de generación es sobre todo notable desde este triple punto de vista: a) nos invita, como hemos tratado de indicarlo en muchas ocasiones en nuestras enumeraciones, a considerar a los escritores en estrecha relación con los artistas junto a los cuales han crecido. El estudio de las artes y literatura comparados, que podría ser de una ayuda apreciada para renovar lo que a menudo tiene de vulgar y de estrecho la historia literaria propiamente dicha, ha sido muy descuidado. No se trata de confundir los medios de expresión, radicalmente distintos, de las diversas artes, de volver a tomar las tesis del Laocoonte o las ambiciones muy literarias, en el peor sentido de la palabra, de Greuze o de Boulanger, de Pradier o de Wagner. Pero vistas paralelas sobre la poesía y el retrato, sobre el fin del arte y la naturaleza de la imitación del ideal, sobre las técnicas, los oficios y las condiciones, sobre el paisaje o sobre la transcripción brutal de lo real, han animado, al mismo instante, a los escritores y pintores de una misma generación, bajo Luis XIV o en los tiempos de la Enciclopedia, del Romanticismo y del realismo. No basta con redactar un capítulo apresuradamente sobre las artes y otro sobre las letras, en general sin relación alguna el uno con el otro, en una historia de la cultura. Sería preciso atreverse a escribir la historia de una generación: la nacida alrededor de 1525, o de 1600, o de 1715, o de 1840, indicando los mil lazos que unen a la partida (a veces los separan como Cézanne y Zola) a los escritores y a los pintores, escultores, arquitectos de una misma generación.

b) La costumbre de considerar juntos a los hombres nacidos aproximadamente en las mismas fechas y crecidos en la misma atmósfera intelectual debería enseñarnos igualmente a separar menos la historia literaria de la historia política (periodismo, elocuencia parlamentaria, pensamiento y acción de hombres públicos contemporáneos, a menudo amigos de los escritores). Porque en fin un escritor es un señor que lee el periódico como cualquiera, paga impuestos, se interesa por los escándalos políticos y busca ahí los motivos de su obra, más que en predecesores con los cuales nos complacemos en reunirlos. Igualmente separamos demasiado la literatura, de la historia de las ideas y de las creencias, es decir de las ideologías difundidas en el público, de las convicciones religiosas y en general del rostro emotivo de las doctrinas que solamente observan los historiadores de filosofía; en fin, de la historia de las ciencias, escandalosamente ignoradas por la mayoría de los que tratan de las letras e ignoran qué imagen del mundo se forjaban un Montaigne, un Molière, un Balzac, un Rénan, un Péguy según la ciencia de su tiempo, o más bien según la ciencia aprendida durante su juventud en el colegio. Las pocas averiguaciones emprendidas, en nuestras enumeraciones cronológicas, en el pozo de los descubrimientos científicos indican claramente qué coincidencias curiosas se encuentran entre escritores y sabios nacidos casi en los mismos años en períodos favorecidos, igualmente empujados a la audacia cada uno en su campo propio.

c) En fin, creemos haber establecido, por nuestra clasificación de escritores de varios países en generaciones, que, mejor que los movimientos o periodos, infinitamente mejor también que los siglos que cada literatura interpreta a su modo (el siglo XVII español no coincidía, por ejemplo, con el XVIII clásico francés o el siglo inglés del Renacimiento con el Renacimiento italiano) la noción de generación es transmisible, luego válida para varias literaturas. Hemos tomado por centro a Francia; pero sin forzar en nada la verdad de las fechas, hemos mostrado que, en varios casos, los polos de estas generaciones sucesivas en Francia habrían constituido también en Inglaterra o en Alemania y aún en Rusia o en Estados Unidos, las cimas de una curva paralela. Esto es verdad sobre todo a partir de 1750 o 1800 y más aún de 1850 a 1880, cuando las grandes literaturas de los países occidentales multiplican entre ellas los intercambios y evoluciones en un clima análogo. La literatura comparada y probablemente un día la literatura general deberían sacar provecho de la clasificación por generaciones. Ingleses, alemanes, franceses, americanos nacidos por ejemplo en 1885 o en 1900 que han atravesado la misma guerra siendo adolescentes, que han leído a Dostoievsky o a Freud, a Marx o a Proust tienen entre ellos mil puntos de contacto o de semejanza que sería importante precisar. La deuda de tal generación francesa a D. H. Lawrence, a Kafka o a William Faulkner ofrecería temas fecundos tanto de investigación como de admiración proclamada por una generación inglesa (la de Strachey, Eliot, Baring, etc.) para Racine, de un grupo de poetas alemanes de la misma época para Mallarmé o para Valéry. Cada vez más los maestros de una misma generación en Europa, en cinco o seis países, son los mismos grandes nombres, bruscamente aclamados por juventudes que se transmiten su entusiasmo por encima de las fronteras nacionales o lingüísticas. Rilke, Kafka, St. John Perse, Eluard, García Lorca, Hart Crane, Boris Pasternak. Y los poetas ocupan un lugar escogido entre estos transmisores de nuevos secretos que la juventud cree haber sido susurrados solamente para ella. Shelley y Keats han hecho más que Dickens y Hardy, infinitamente más que Kipling y Shaw para hacer que una o dos generaciones de Europeos amen a Inglaterra; el fervor que rodea a Baudelaire o Mallarmé no se ha visto para Balzac o para Anatole France; a través de los innumerables errores de los Nazis que creyeron poder "organizar la simpatía" del mundo alrededor de ideologistas mediocres o de pesados novelistas sociales, dos o tres nombres han brillado con un fulgor radiante y han mantenido el amor por las letras germánicas en una o dos generaciones de Europeos; Hoelderlin y Rilke.

**LA GENERACION ES EL UNICO MODO DE AGRUPAMIENTO
QUE PARECEN ACEPTAR LOS AUTORES MISMOS. EL RITMO
ALTERNADO DE LAS GENERACIONES**

Una ventaja aún mayor es que el empleo judicioso del concepto de generación en nuestros intentos de agrupamiento de los autores y de los

artistas nos permitirá probablemente colmar en parte el abismo de incompreensión que ha separado tanto tiempo a los creadores y sus críticos. Se sabe que ningún escritor se ha sentido halagado de verse designado como realista o simbolista, ningún pintor de verse clasificado para siempre entre los impresionistas o los cubistas, ningún músico entre los neo-clásicos, los orientalistas o los atonalistas. Y estos creadores tienen razón de juzgar que recurriendo fácilmente a estas etiquetas, herimos su vanidad y desconocemos su originalidad. Como uno de ellos nos lo declaraba entonces (Jules Romains en el Prefacio de la nueva edición de "La vida unánime") "Para un hombre que no es sensible hay otros oficios que no sean la crítica". Aún cuando ciertos autores han elevado como un desafío de cólera el letrero por el cual se les había querido ridiculizar, como fué el caso primero por las palabras romántico, realista, impresionista, decadente, estos términos les convienen solamente para un breve período de su carrera: su juventud y el efímero instante en que tuvieron que juntarse a alguna manifestación bulliciosa para imponerse a un público reticente. Es cometer contra Vigny y Balzac una injusticia que de calificarlos para siempre "miembros del grupo o del movimiento romántico" no lo es de unirlos a la generación 1798-1804 puesto que justamente esta denominación no es limitativa.

Flaubert también se indignaba de ser clasificado entre los realistas que fueron primero escritores desprovistos de estilo, de amor a lo bello y de gusto para el "hénaurne". No hubiera por el contrario protestado de estar clasificado con la generación de 1820 y estos hombres (Baudelaire, Leconte de Lisle, Renán) con los cuales se sentía tener tantas afinidades. Verlaine en 1889 enviaba a Mallarmé un soneto gracioso cuyos cuartetos citaremos:

*Jóvenes — esto es imprudente!
Han hecho, se dice, una lista
En la que pasa Ud. por simbolista
Simbolista? Sin embargo*

*Otros, en su ardiente
Hastio ingenuo o fumista
Para este pobre rimista
Me han bombardeado decadente.*

Verlaine y Mallarmé tenían razón de repudiar estas definiciones sumarias; pero el uno y el otro sabían muy bien que habían nacido a poca distancia, habían crecido (así como Villiers, Lahor y otros mencionados más arriba) en la misma atmósfera literaria, habían descubierto juntos a Baudelaire y el refugio momentáneo del Parnaso, habían sido lanzados juntos por Huysmans, en una palabra que pertenecían a una misma generación. Podríamos multiplicar los ejemplos: los cubistas, los "fauves", las Nuevas Fuerzas de 1935, tenían en común, no una doctrina, sino un empuje que los llevaba juntos a repudiar la herencia de sus mayores y hacia

investigaciones paralelas en la partida divergentes luego. La noción de generación sirve aún más para hacer comprender a Renoir, a Braque, a Friesz que las nociones y los términos demasiado precisos e indeterminados de impresionistas, de cubista y de "fauve". Ya que como esta noción no evoca nada muy uniforme o muy fino en nuestros espíritus, nos obliga a una definición que le dé un contenido, y a no contentarnos nunca con aproximaciones groseras. Nos parece que hay allí una inmensa ventaja. Paul Valery ha tenido razón de reírse de los términos demasiado galvanizados. "La palabra envejece... se torna opaca, cambia de forma o de papel... Todo se termina en Sorbonne".

Mientras que cualquier otro método de clasificación desagrade a los escritos, la distinción por generaciones tiene la ventaja inestimable de seleccionar aquellas personas susceptibles como son los creadores, siempre celosos de no parecerse a ningún otro y de creerse ser cada uno único ejemplar, bajo las únicas categorías que parecen querer reconocer. Distinguiendo generaciones, haciéndolo con los temperamentos señalados aquí tantas veces, y con otros matices más, nos veríamos clasificando a los escritores según el modo como se han pensado y visto ellos mismos. Mientras se citarían cien protestas de indignación de los autores contra todas nuestras etiquetas, comprendiendo la de siglo (nada insulta más a un hombre nacido en 1880 como el decirle que es del siglo pasado) se citarían tranquilamente cien ejemplos de empleo de esta noción de generación por los escritores o los artistas mismos. Algunos ejemplos diversos bastarán aquí, unidos a lo que hemos acumulado en nuestra segunda parte:

"La generación que se levanta... no tiene que continuar nada; esta generación tiene que crearlo todo. (Stendhal, 1824).

"La generación de 1820 a 1825 había hecho el ochenta y nueve de la revolución romántica; la generación de 1830 hizo el noventa y tres (Philothée O'Neddy, entre 1830 y 1840, citado según *Obras en prosa*, 1878; y Esteve, *Byron y el romanticismo francés*, nueva edición, Boivin, 1929, pág. 219).

"Veo en él (Romain Rolland) al representante, al heraldo más típico de esta generación, digamos más bien de este despertar de la aurora de un nuevo siglo, del cual se ha constituido el intérprete y el historiador (Paúl Claudel, *Discurso de recepción en la Academia*, 13 Marzo de 1947).

"Pertenezco a esa generación que os comprendió y amó la primera... Cuando un cuarto de siglo más tarde, le tocó a nuestra generación de penetrar en el coliseo (Mauriac, *Discurso de respuesta a Claudel*, 13 Marzo 1947).

"Para los escritores de mi generación, la publicación de ciertas novelas americanas (de Faulkner, Hemingway, Dos

Passos) fué una revolución análoga a la que produjo quince años antes el *Ulysses* de James Joyce (Sartre, *Atlantic Monthly*, Agosto de 1949).

Vale la pena agregar que, en nuestro pensamiento, no es preciso permanecer prisionero de su generación. De Goethe a Gide, de Voltaire a Hugo y a Claudel, son numerosos los escritores que han podido renovarse varias veces y sentirse a cincuenta y a setenta años semejantes a muchos jóvenes en riqueza de ilusiones. Aún entre los autores de menos edad o de menos plasticidad, pertenecer a una generación no es encerrarse: ni mucho menos dormirse por la vida sobre algunas ideas absorbidas en derredor suyo a los veinte años. Por lo general, el mecanismo de la generación juega sobre todo negativamente. 1) Se codea uno con los jóvenes de su edad para colocarse oponiéndose a sus mayores inmediatos que le bloquean el camino a las ambiciones, realizan sus aspiraciones y poco se ocupan de llamar a sus menores para asistirlos. Se encuentra a la edad de veinticinco años por ejemplo, a los mismos adversarios que ya tienen cuarenta.

2) Por el contrario se apegan con mejor voluntad a los hombres de cincuenta y cinco años más o menos, que constituyen la generación precedente. ¿Probablemente un ritmo de alternancia nos acerca a ellos? Sin duda sentimos que son nuestros aliados más que nuestros rivales, ya que no les queda mucho tiempo para ocupar los lugares y para conocer la suerte. Y buscamos en ellos ayuda contra los hombres de cuarenta años juzgados más peligrosos.²

3) Más allá está la generación ya diseminada que alcanza la edad bíblica de setenta años. La creemos ya apagada, en la loca ebriedad de nuestros veinticinco años y le prestamos poca atención. Es así como el joven nacido en 1915, llegando al final de sus estudios y de su periodo de formación a los veinticinco años, es decir en 1940, encuentra delante de él a la generación O. B., que tiene sus cuarenta y no quiere dejarse arrimar muy rápido hacia los sillones de pontífices respetados, pero dis-

² Agreguemos que a menudo los jóvenes franceses son burlados en su ingenua ilusión que si buscaran ministros, mariscales, académicos septuagenarios, estos puestos envidiados estarían vacante más rápido y su edad avanzada impediría a estos ancianos alimentar "vastos pensamientos" y ejercer una autoridad celosa. Los vinos de Francia parecen tener la virtud de conservar en vida y en actividad a menudo incansable a estos venerables personajes: Clemenceau se encuentra él mismo a los 75 años; Renoir, Bonnard, Matisse opacan a los 70 años, por su juventud, a los talentos más jóvenes; Gide y Claudel, permanecen después de los 60 los "autores de vanguardia"; Anatole France le confiaba a Brousson que "es absurdo confundir el amor con la juventud... Es preciso mucha erudición, mucha aplicación, antes de 50 años un hombre no debe hablar de amor". Por consiguiente, la exasperación en el conflicto de las generaciones y la impaciencia de los jóvenes, pisoteando hasta los de cincuenta. En la antecámara de las academias y de los ministerios, son en Francia más fuertes que en otra parte.

cretamente apartados: son los Jefes del surrealismo Malraux, Montherlant, y otros que se sienten en plena fecundidad. Este joven nacido en 1915 atacará sin duda a sus mayores, pero se unirá de mejor voluntad al grupo AA, nacido en 1885 (Bernanos, Supervielle, St. John Perse, Reverdy) en quienes sabrá encontrar aliados contra la generación intermedia. En fin, ya mira a los hombres de setenta años, nacidos en 1870 (Peguy, Proust, Valery, Gide) como clásicos y se admira de ver que algunos no han tenido todavía el buen gusto de bajar a la tumba.

Asimismo, y se podría subiendo más multiplicar los ejemplos, los hombres nacidos en 1900 (BB) se unieron primero a la generación Z (nacida en 1870) y sintieron hostilidad natural por la de 1885 (AA). Malraux, Saint-Exupéry estuvieron más cerca de Gide, quien los dirigió, que de Mauriac, Romains, Duhamel, de los que eran rivales. Los surrealistas pensaron un momento en el apoyo de Valery (y fué un instinto bastante seguro el que los guió hacia el creador de *Monsieur Teste*). admiraron el autor de *Ubu Roi* (nacido en 1873) pero no alabaron a ninguno de sus precursores inmediatos de la generación de 1885 (AA). En cuanto a los hombres que tenían setenta cuando ellos mismos contaban con veinticinco (Bourget, Barres, France, Bergson, nacidos alrededor de 1850-60 o aún más temprano) habían dejado de tener para ellos importancia. El "Barres se aleja" de Montherlant y la "Negativa de inhumar" dicho por Bretón a Anatole France en 1924 están todavía presentes en nuestras memorias.

Una generación está pues unida en el punto de partida por las mismas hostilidades y porque ha sufrido las mismas influencias entre los dieciséis y los veinticinco años. Ha estudiado en los mismos manuales, adquirido las mismas nociones escolares de filosofía, de física y de historia, aprendido de memoria los mismos "trozos escogidos", vividos los mismos acontecimientos políticos, soñado con las mismas revoluciones, amado, de lejos, las mismas actrices, aclamado los mismos cantores o los mismos campeones deportivos, recorrido los mismos cafés, admirado los mismos colores dados por sus pintores favoritos, descubierto juntos a Wagner, a Ravel. Pero exactamente como hermanos y hermanas, teniendo mil rasgos comunes hasta los veinte o veinticinco años, se diferencian después, los hombres de una misma generación se apartan luego los unos de los otros. Se casan, se establecen en provincias, encuentran nuevas amistades. Cada uno de ellos descubre su propia originalidad y a menudo, en la soledad, la cultiva o la acentúa. Cezanne se alejará no solamente de Zola, sino de Renoir y de Monet. Breton, Tzara, Aragón, Eluard, Soupault, harán intercambios de insultos y de desafíos. Romains y Duhamel serán llevados por caminos un instante paralelos luego divergentes. Alain-Fournier y Jacques Rivière, aunque ligados por el matrimonio del uno con la hermana del otro, se considerarán veinticinco años más tarde como extranjeros. Claudel y Gide hablarán uno del otro sin cuidados. En cada uno de ellos la influencia de formación de la generación habrá jugado con fuerza al punto de partida. Se fundirá después con diez o veinte distintas influencias y no constituirá sino un factor, siempre conside-

rable, en este nudo complejo de encuentros y de acciones convergentes que constituye una personalidad. Más tarde, envejeciendo, los hombres de la misma edad tomarán de nuevo conciencia de lo que tienen en común con aquellos de los que durante un tiempo se alejaron. Gide, Claudel, Proust serán aquellos que atravesaron juntos la maravilla simbolista y aprovecharon (Proust él mismo, sin saberlo) las lecciones de Mallarmé. Los surrealistas sobrevivientes sentirán probablemente la necesidad de juntarse para luchar contra el existencialismo o, ¿quién sabe?, para hacer un día una entrada en esa Academia de la que Breton sería un admirable Secretario Perpetuo; Aragón el poeta oficial de las circunstancias patrióticas y cívicas, Eluard sexagenario del amor sensual y puro, Soupault el orador de los premios de virtud y el delegado a las ceremonias extranjeras.

LAS GENERACIONES FAVORECIDAS

Esta alternancia entre las generaciones que tienden así a unirse, más allá de sus mayores inmediatos, a una generación precedente y que encuentran su posteridad donde otros que no son sus sucesores directos,³ debería, asilo creemos, abrir algunos caminos fecundos a trabajos nuevos de historia literaria. Los primeros capítulos de nuestras obras sobre la juventud de un escritor, de nuestras tesis doctorales, de nuestras biografías, de nuestros artículos críticos deberían preguntarse regularmente: ¿A qué generación pertenece mi héroe? ¿Cuáles son los hombres que, creciendo al mismo momento, llegarán al mismo tiempo que él a la creación literaria o al éxito? Y también: ¿Cuál es alrededor de este personaje convertido en adolescente o adulto, la generación rival, mayor de diez o quince años? ¿Cuáles son las generaciones más avanzadas en la vida y junto a las cuales, en su país o en el extranjero, mi autor se va a buscar maestros o intercesores?

Procediendo así, evitaríamos el reproche que alrededor de algunos levanta la noción de generación, porque evitaríamos creer que un grupo de hombres de la misma edad suplante una vez por todas a sus mayores, como una generación de flores reemplaza la anterior. Las generaciones coexisten, se mezclan frecuentemente y se descubren afinidades una a otra. En verdad, si la noción nos parece preferible a otras tantas, es porque respeta la continuidad móvil de la vida interior de las literaturas

³ Es así como Vigny, a la edad de 66 años, recobra el optimismo al verse amado por las jóvenes generaciones (teniendo probablemente en 1863, veinticinco o treinta años). Veinte años más temprano, se había sentido amargamente sólo. Es en 1863 en efecto que da en la última estrofa del "Espíritu puro", su testamento poético.

¡Joven posteridad de un vivo que os ama!...
 ¡Olas de amigos que renacen! puedan mis destinos
 Traeros a mí, de diez en diez años,
 Atentos a mi obra, y para mí esto basta!

o de las artes, y de las sociedades que las producen. Nos recuerda que el proceso de transformación de las ideas, del gusto y de las costumbres de espíritu es complejo. Es continuo y subterráneo, pero se vuelve brusca-mente perceptible si una nueva cuna de jóvenes anuncia repentinamente su llegada. Actúa por grados insensibles, y sin embargo, no nos damos cuenta de ello sino de vez en cuando. Los periodos y los movimientos literarios nos hacen olvidar muy a menudo que el Renacimiento continúa en el siglo XVII y la "preciosité" en el clasicismo, y éste en el romanticismo y éste a su vez en el naturalismo. Las generaciones son por el contrario el desarrollo de un ritmo donde coexisten muchas disonancias, el juego de oscilaciones de ampliación muy diversa, que evitando el conducir a una distribución demasiado racional del pasado en categorías, respeta mejor lo complejo de la vida. El bergsoniano Thibaudet tenía razón de ver allí una manera bergsoniana de encarar la duración del pasado continuado en el presente. "En el orden de la vida, escribía al comienzo de su *Bergsonisme* en 1923, "lo que se reemplaza no se destruye, la obra de una generación no destruye nunca, a pesar de las apariencias, la obra de la generación precedente".

Probablemente en fin la costumbre de pensar por generaciones, en historia de las ciencias y de las letras, en historia de la cultura y del pensamiento, ¿no llevará acaso un día a nuestros sucesores a proyectar alguna luz sobre el problema de las generaciones favorecidas? Nuestras listas han establecido, después de muchas otras, que la desigualdad de dotes separa a generaciones a menudo vecinas; como una generación demasiado brillante oprime a la que le sucede intimidando su ardor de innovación, como en varios dominios, una generación potente como la de 1600 o de 1620, la de 1800 o de 1840 o de 1885, multiplica los nombres brillantes de la poesía, la pintura, la escultura, la historia, la novela, etc. * No se ha dado ninguna explicación materialista o económica suficiente sobre estos fenómenos. Ya que es bastante gracioso el explicar la pintura flamenca y holandesa por el advenimiento de una clase de comerciantes o de burgueses, que deseando pintores para inmortalizar sus rasgos, los hacen nacer milagrosamente. Muchos hombres de negocios, generales, baronesas y cardenales han deseado desde hace dos siglos, en Inglaterra, en América y en Francia que se haga su retrato, han ofrecido para esto oro y con decoraciones, y sin embargo, los grandes retratistas son pocos. Los monumentos a los muertos de la primera guerra mundial hubieran podido hacer surgir mil rivales de Donatello o de Ligier-Richier; y las vastas extensiones murales pintadas en América desde 1930 han debido lógicamente, suscitar innumerables Giotto o Piero della Francesca, o aún Puvis de

* Otro tema de investigación, cuando se haya escrito, como lo deseamos, algunas monografías sobre algunas de nuestras generaciones, será buscar a qué edad por lo general están listos y fecundos, luego a qué edad se esterilizan o se agotan los talentos de una misma generación: los músicos, los matemáticos, los poetas comienzan sin duda y se detienen los primeros en crear; luego los pintores, los físicos, los autores trágicos; más tarde los naturalistas, los novelistas, los escultores, en fin los autores cómicos.

Chavannes y (porque todos los gustos están permitidos) José María Sert. Lamentablemente el pedido no crea el talento, aunque esté listo a colmarlo de dinero y de condecoraciones.

La verdad es que no sabemos casi nada acerca de este misterio de la aparición del talento por racimos repentinos no sobre su negativa caprichosa de no aparecer en ciertos momentos en que está esperado. Un antropólogo americano, A. L. Kroeber, ha escrito en 1944 una gran obra de 882 páginas llamada *Configurations of Culture Growth* (University of California Press) y no se puede decir que haya hecho avanzar mucho el asunto. Sus conclusiones más bien desilucionan y sus reflexiones sobre los artistas, los filósofos y los escritores del pasado, demuestran cierta inexperiencia para tratar la cultura de otro modo que la antropología o según una sociología bastante exterior. Y sin embargo, la historia de los grandes hombres, si es poco sensible a las coincidencias de la cronología, nos grita que estos hombres ilustres han venido raramente solos.

Se puede tolerar la política, se puede alegar que los hombres de la revolución, que se pueden repartir en algunas generaciones, sólo han sido revelados por las circunstancias, y que los semejantes de Danton, de Robespierre, de Siéyès habían nacido bajo Luis XIV o bajo Carlos X. pero han permanecido desocupados. Se puede tolerar la guerra: algunos dirán que muchos generales o mariscales se hubieran quedado, zapateros o lavaderos o simples caballeros sino hubiera habido la guerra de la Revolución y del Imperio.⁵ Pero ¿cómo explicar que en el término de dos años (1797-99) haya sobrevenido la explosión de los descubrimientos aquí citados: Laplace, *Tratado de mecánica celeste*; Monge, *Geometría descriptiva*; Lagrange, *Teoría de las funciones analíticas*; Carnot, *Investigaciones sobre el cálculo infinitesimal*; Cuvier, *Cuadro elemental de la historia natural de los animales*; Bichat, *Tratado de las enfermedades quirúrgicas*? Es fácil contestar que estas ideas estaban en el aire, y han inspirado a los hombres para darles forma. Pero tal respuesta se desvía de la pregunta. Ya que son los hombres de una generación francesa inspirada por el empuje los que han descubierto, con un genio atrevido, estas ideas nuevas, que debían estar también en el aire de Inglaterra o de Alemania.

El genio permanece a nuestra vista, como un meteoro imprevisto, a menudo un solitario en los momentos en que descubre su método y su *Cogito*, como Descartes, la química moderna como Lavoisier, o el alienismo como Pinel. Pero sin sustraerle nada de su calidad misteriosa de ser inspirado por los dioses. Es preciso además constatar que ha aprovechado a menudo del trabajo colectivo de sus precursores y de sus amigos. Ha estado, en un laboratorio, sometido a una rivalidad fecunda con o

⁵ Porque estos generales y mariscales han venido, ellos también, por grupos: Kleber (1753), Berthier (1753), Lefebvre (1755), Masséna (1756); luego Jourdan (1762), Brune (1763), Macdonald (1785); en fin y sobre todo Murat (1767), Mortier, Bessiéres (1768), Ney, Joubert, Soult, Lannes, Hoche, Marceau, Bonaparte (1769), Davout, un año más tarde y Suchet poco después.

contra los jóvenes sabios de su edad, bajo el mando de un maestro que ha sabido no reprimir la originalidad futura, es decir, el espíritu de rebeldía y de inquietud de sus alumnos. A veces ha tomado gérmenes de ideas en sus compañeros, ha comprendido mejor su pensamiento haciendo frente a las objeciones, han dado un voto a sus aspiraciones colectivas. El aforismo de Nietzsche está lejos de ser una afrenta: "Un gran hombre tiene además de su espíritu el de sus amigos".⁶ Existe, así parece, generaciones favorecidas, ya que todas las proporciones de población observadas, Inglaterra ha producido más poetas que Holanda, Suecia y Polonia; Francia más pintores y prosistas que Yugoslavia o Estados Unidos; Alemania más músicos y filósofos que Rumania y Suiza. Esto no se debe únicamente a dotes nativas repartidas en una época o en una región, sino a una atmósfera creada por estos grupos espontáneos que llamamos generaciones.

El problema está aquí, delante de nosotros. Es uno de los más esenciales que se proponen al hombre moderno que, habiendo cambiado en su derredor el decorado de la vida, la apariencia de las cosas y aún su textura más profunda, confiesa ser impotente para cambiar al hombre. El progreso de la humanidad se debe aún en nuestras épocas democráticas, a algunos individuos superiores. En las ciencias, en las artes, aun en el gobierno de los hombres, es gracias a algunos que muchos pueden duplicar su potencia sobre la naturaleza, su goce en sentir lo bello, o su confort o su seguridad. Y estos cuantos parecen nacer por grupos misteriosamente unidos; o volverse grandes hombres porque encuentran en el momento de su desarrollo al público o a los amigos estimulantes que los comprenderán o ayudarán. No se puede sin duda actuar sobre la producción del genio. Pero ¿no se debería acaso actuar para facilitar su brote, para crear alrededor de él la atmósfera propicia, y ayudarlo a tomar conciencia de sí en medio de sus rivales y amigos que forman una generación?

El tema central de nuestro tiempo, como lo llamaba Ortega y Gasset, ha sido propuesto de nuevo a nuestra reflexión en las páginas anteriores —como así lo cremos, más precisiones, más amplitud, y más soltura que se había hecho hasta aquí en Francia. Hemos pretendido más bien levantar problemas y no resolverlos, convencidos como estamos que le pertenece a cada generación de formular su solución propia y provisoria como le toca a cada una de descubrir la filosofía y el arte que sean las suyas. Biólogos, sociólogos, matemáticos, estadistas traerán sin duda al porvenir su contribución para despejar los enigmas de sus generaciones,

⁶ El novelista americano Henry James ha hecho, en su pequeño libro sobre Hawthorne, la reflexión siguiente: "Las mejores cosas vienen, en general de los talentos que forman parte de un grupo; todo hombre cumple un trabajo mejor si tiene compañeros que trabajan en el mismo campo; las sugerencias que recibe la comparación con los demás es para él un estimulante. Hay, claro está, grandes cosas hechas por trabajadores solitarios; pero han costado en general doble labor que si se hubieran producido en un medio más propicio. (Henry James, Hawthorne, N. Y., Harper, pág. 30-1).

de estas generaciones misteriosamente agrupadas en fecundas y estériles. Nos ha parecido oportuno, practicando nosotros mismos disciplinas donde el rigor es menor, de atraer hacia este tema la atención de los críticos y de los historiadores. Concluiremos con uno de esos juicios sabios y lúcidos que se le atribuyen a Goethe: "Las cifras no llevan al mundo, pero muestran perfectamente cómo el mundo es llevado".

(Traducción de Javier Cheesman Jiménez,
de la cátedra "RICARDO PALMA")